

– IV –

## EL OSCURO SEÑOR DON JUAN DE ESPINA

HACE ya algunos años, una noticia en un periódico de Cantabria hablaba de la puesta en marcha de las obras de rehabilitación de un antiquísimo edificio, tenido como emblema en la localidad cántabra de Ampuero. Se trataba de la casa-torre de los Espina, también conocido como el palacio de La Bárcena, edificio que, por otra parte, había sufrido muchos avatares a lo largo de su muy dilatada existencia, como un pavoroso incendio en el siglo XVIII que afectó seriamente a su estructura. Sus muros habían cobijado al linaje antes citado de los Espina, establecidos en aquella comarca durante el siglo XIV y que posteriormente emparentarían con una no menos importante familia, condestables de Castilla ellos, los Velasco.

Pero la historia de este linaje quedó para siempre marcada por las oscuras aficiones de uno de sus miembros, famosísimo él en su tiempo, que fue tildado por sus contemporáneos como mínimo de estrafalario y hechicero, aunque también sería conocido por ser un aventajado en otras virtudes no tan siniestras. Estamos hablando de don Juan de Espina y Velasco. Y es en este curiosísimo personaje en el que vamos a detenernos.

Frente a la carretera que nos lleva de Ampuero a Guriezo, casi a las afueras de la primera población, nos encontramos con un recinto palaciego en el que llama la atención una sólida torre cuadrangular de tres plantas. Se trata del palacio de La Bárcena, situado en el barrio del mismo nombre, que ya hemos mencionado. Contiguo a la dicha torre se halla un edificio habitado igualmente construido de piedra bien labrada. Todo ello se encuentra dentro de



*Torre de los Espina en la actualidad. Fotografía Ramón Villegas.*

un recinto cercado por un alto muro de mampuestos, al cual se accede a través de una suntuosa portalada con escudo, a cuyos lados de este aparecen esculpidos dos personajes que parecen representar a dos pajes sosteniendo ambos una suerte de maza o cachiporra. Con el paso de los siglos, se le anexionaron nuevas dependencias y construcciones, como cierta capilla gótica, muchas de ellas hoy tristemente desaparecidas. El complejo monumental se ubica a la vera del río Vallino, que baja serpenteando por el vallejo que forma en una de las laderas del monte.

En aquel torreón destacado del conjunto palaciego se cuenta que ocurrieron extrañas historias, misteriosas leyendas protagonizadas por los habitantes del lugar, allá por el siglo XVII. Estos señores, como hemos ya anunciado, descendientes de famosos navieros en aquella época, eran poseedores de una considerable riqueza, de la que la misma recia construcción da fe. Se trataba de la estirpe de los Espina.

Uno de ellos, Juan de Espina y Velasco, y su esposa, María de Mesa, habitantes del palacio en 1545, eran dueños de la nao “Nuestra Señora de la Concepción”, dedicada principalmente al transporte de lana castellana a Flandes. Don Juan de la Espina y Velasco, homónimo descendiente de este personaje dueño de tal embarcación y nacido en Ampuero, fue el heredero enigmático, por su estrafalaria vida y conocimientos exóticos, que vamos a estudiar a continuación.

Nació nuestro protagonista el primero de agosto de 1563, en el seno de tal familia acomodada, prototipo de hidalgos rurales cántabros del siglo XVI. Durante su agitada vida sería clérigo, científico, musicólogo e intérprete virtuoso de instrumentos varios. Hubo incluso quien le tachó de nigromante, hechicero y entusiasta de la ciencias ocultas. Coleccionista sin igual, sirvió durante su vida a los tres reyes Felipe contemporáneos a su existencia: Felipe II, Felipe III y Felipe IV. En 1633 fue nombrado duque de la Plata de la Bárcena por Felipe IV. Su afición principal desde joven sería la música, en donde sentía predilección por algunos instrumentos concretos, como la lira o la vihuela (instrumento musical antiguo de cuerda, parecido al laúd o a la guitarra).

Esta refinada inquietud alternaba con la no menos noble pasión por las armas y el arte de la lucha y la colección de bellos objetos de arte. Estudió igualmente en la Universidad de Alcalá de Henares, donde, según las mismas palabras del celeberrimo Quevedo, *“trató de las armas, y en la práctica ejecutó con mucha aprobación las verdades de la teórica”*.

En su torre-palacio de La Bárcena de Ampuero (con su espectacular portada de piedra maciza, ya citada, en cuyo alto llaman la atención del visitante dos grandes maceros, portadores de porras y vestidos a la romana) y en su casona madrileña iba a la par recopilando y almacenando multitud de curiosos objetos. Como ya comentamos, tenía también fama de hechicero y nigromante por su extraña manera de ser. Francisco de Quevedo, Luis Vélez de Guevara o Anastasio Pantaleón de Ribera, por citar algunos autores célebres de la época, se ocuparon en varios de sus escritos de tan famoso señor del norte:

*“... de muy conocida calidad y solar de aquella cuna de hidalguía de España, muy esclarecido”.*



*Antigua fotografía de la torre donde aparecen dos escudos heráldicos de la familia Espina. Foto de archivo.*

*“Hizo tan delgada disquisición en las artes y ciencias, que averiguó aquel punto donde no puede arribar el seso humano, y esto en las pinturas con real demostración y en la música”.*

*“... en la curiosa y celebrada casa de don Juan de Espina... allí había espejos deformantes, barcos que aparecían disparando sus cañones, muebles que se movían solos, órganos hidráulicos y también manuscritos interesantísimos...”.*

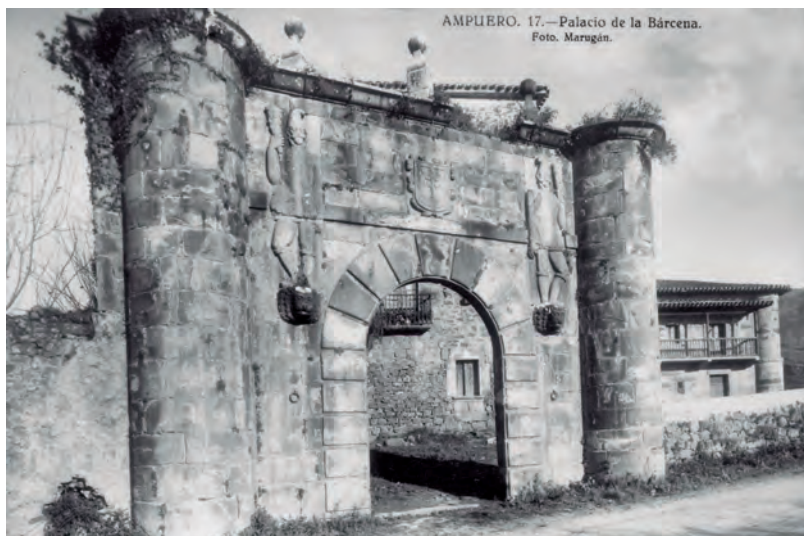
*“... él solo cerró en sus aposentos aquellas pinturas que no han podido atesorar en Roma el poder y dominio de los nepotes ni la grandeza de los potentados... fue su casa abreviatura de las maravillas de Europa, frecuentada en gran honra de nuestra nación de los extranjeros”.*

Pero a pesar de no disponer de una fiel biografía de este personaje, los datos más fehacientes han sido recopilados por Emilio Cotarelo, los cuales ha tomado a su vez de las obras de Quevedo (“Grandes anales de quince días”) y de José de Cañizares, tituladas “Don Juan de Espina en su patria” y “Don Juan de Espina en Milán”. Otros autores más recientes se han interesado de igual manera por la vida y obra de Juan de Espina, como Julio Caro Baroja y el historiador Sánchez Cantón.

Juan de Pina, que era un magnífico escribano de la época y amigo íntimo de Lope de Vega, en uno de sus escritos de la misma manera evidenció las costumbres de este misterioso señor, aún sin nombrarlo. El mismo José María de Cossío, tras realizar un examen en profundidad la obra de Pina “Casos prodigiosos y cueva encantada”, así lo cree, pues de esta manera lo describe supuestamente Juan de Pina a nuestro misterioso señor de Espina:

*“... fingía fiesta y tempestades... Por los corredores altos pasaban figuras fantásticas de galanes con criados; de damas con dueñas y doncellas; las galas y atavíos, raros y costosos; las tempestades de agua, truenos y relámpagos, espantosos y temerarios que el suelo pusieran temor”.*

Por esa afición suya de reunir objetos exquisitos a su alrededor, logró poseer una colección de instrumentos musicales notable, así como de otras piezas relacionadas con este arte. Incluso llegó a manifestar que había inven-



*Portalada del palacio de la Bárcena, en Ampuero, impresa en una postal de época.  
Archivo R. Villegas.*

tado una nueva “ciencia musical”, lograda por su gran dedicación y ensayo con los instrumentos antes citados. Como musicólogo, escribió en 1632 una obra conocida como “Memorial que don Juan de Espina envió a don Felipe IV”, y que se conserva en la Biblioteca Nacional de Lisboa, en la que da cuenta de su estudio sobre la música, habiéndola asimilado desde un punto de vista científico, durante los años 1619 y 1622. Como resultado de estos estudios, modificó y perfeccionó la vihuela, colocando los trastes a las distancias correctas, consiguiendo así un sonido más exacto y preciso. Según sus mismas palabras:

*“La música es tan cabal ciencia como la aritmética... sabiéndose la música con perfección, se puede saber la perfección de la simetría de todas las cosas, que es ciencia importantísima en que hasta hoy los hombres no saben cosa cierta y todo es opinión...”*

Durante la época en la que Espina vive en Madrid, existía cierta moda en la corte, cierta excentricidad que consistía en acaparar variados objetos que su dueño tuviera por preciosos o raros. Don Juan, no ajeno a esta corriente, colecciona las más variadas cosas insólitas, que dividía en obras producidas por el ingenio humano o “artificialias”, y caprichos y curiosidades nacidos en la naturaleza o “naturalias”.





*Recreación del palacio de don Juan de Espina, con su portalada monumental y otras construcciones anexas. Cuadro de Eleazar Ortiz, cedido por Manuel Martínez Sainz.*

De esta manera, todo tiene cabida en estos verdaderos museos particulares, desde calaveras de escaso tamaño, tenidas como las de enanos o duendes, hasta enormes huesos, atribuidos a gigantes; desde ídolos precolombinos traídos por los marineros procedentes de las Indias occidentales, hasta cristales de Venecia; desde autómatas de madera que realizaban los más asombrosos movimientos para la época, hasta estatuillas romanas. Además, podríamos encontrar relojes astronómicos, preciosas conchas marinas, muñecos articulados, espejos deformantes, espléndidas maquetas de barcos que aparecían disparando sus cañones, muebles que se movían solos, órganos hidráulicos, instrumentos musicales rarísimos, obras de arte de incalculable valor, piedras labradas caprichosamente por la Madre Naturaleza y objetos mágicos, si bien estas últimas propiedades estaban ocultas y pesaba sobre ellas un gran secreto, debido al temor que existía al Tribunal de la Inquisición, muy vigilante en estos casos y en aquellos tiempos. Se hablaba también de ciertas colecciones de libros asombrosos atribuidos al gran Leonardo da Vinci. Si aceptamos las narraciones y los testimonios cercanos a don Juan de la Espina, su pequeño tesoro era admirable:

*“... era cosa cierta que poseía un maravilloso museo o colección de las obras de arte o los objetos más peregrinos que pudiera imaginar el más curioso... tiene cosas singularísimas y dignas de ser vistas por cualquier persona curiosa y docta... además de las pinturas... porque siempre se preci6 de la m6s excelente y singular que ha podido hallar sin reparar en la costa que le pod6a seguir, preci6ndose de recoger lo m6s acendrado y extraordinario... all6 vi dos libros dibujados y manuscritos por la mano del gran Leonardo da Vinci, de particular curiosidad y doctrina... en particular, tiene cosas de marfil de gran sutileza, que apenas puede la vista percibir las y alcanzar el juicio de los hombres el modo que tuvieron en hacer cosas tan menudas...”.*

Los pocos que ten6an el permiso del due6o para entrar en su mansi6n, se sent6an entusiasmados adem6s de atemorizados, cuando ve6an c6mo las velas de los pasillos y estancias se encend6an solas a su paso. Esto es lo que narra Juan de Pina en su obra “Casos prodigiosos y cueva encantada” (Madrid, 1628), hablando de tal misterio:

*“M6s de doscientas buj6as de cera blanca y bru6ida plata... como el encendimiento era imposible, pas6 a saber [ni siquiera a pensar, sospechar o creer] que lo hacia por encantamiento”.*

Uno de los objetos m6s famosos que se recogen de la colecci6n de Espina, es una suerte de silla giratoria, dotada de varios artilugios, con los cuales observaba y examinaba el firmamento de forma c6moda. Este artefacto seguramente hizo despertar rumores sobre la afici6n de don Juan por la astronom6a, que inmediatamente se confund6a con la astrolog6a, saltando el resquemor entre las autoridades de la Santa Inquisici6n. Incluso un autor contempor6neo, Luis V6lez de Guevara, en su obra “El diablo cojuelo”, lleg6 a comparar a Espina con Galileo, con todo lo que esto implicaba para los dirigentes religiosos. Pero sin duda tal silla existi6, y a la muerte de don Juan de Espina fue donada a su rey, Felipe IV.

Otra de aquellas peregrinas cosas que el famoso noble pose6a trat6base de una balanza o peso que el autor contempor6neo al se6or, Juan de Pina, cita en su obra ya referenciada. Y como ocurri6 con la silla, la balanza verdaderamente existi6, y hab6a sido inventada, patentada y vendida algunos a6os antes por el gran inventor Jer6nimo de Ayanz, precursor entre otras tantas cosas del buzo aut6nomo y varios artificios m6s de vapor, algunos basados en los propios es-